

LIBRO QUINTO

DESDE LA INVASION DE LOS BÁRBAROS HASTA LA CAIDA DEL IMPERIO ROMANO

SUMARIO.

Bajo imperio.—La Germania.—Invasion de los bárbaros.—Constantino.—Los hijos de Constantino.—Teodosio.—Triunfo del Catolicismo; los Padres de la Iglesia.—Reparticion del imperio; Honorio.—Alarico y los italianos.—Los hunos.—Consideraciones sobre la caída del imperio romano.

CAPITULO I

La Germania

Hallábase, pues, dividido el mundo en tres grandes imperios; romano, persa y chino. Separado el último por un espacio inmenso y por una multitud de pueblos bárbaros ejercía su influjo á la extremidad del Asia, sin conocer los otros dos más que por algunas incursiones de los partos y por las relaciones de su comercio, que sustentaba el lujo de Roma. Habíase desarrollado el poderío de los persas, llegando quizá á ser tan formidable como lo es actualmente el poderío de los rusos, y pareciendo el único que se hallaba en estado de rivalizar con el del Capitolio. El despotismo oriental que reinaba en aquellas comarcas se oponía á que pudieran ser contados sus moradores entre el número de los pueblos civilizados, aun cuando les separasen de los bárbaros las artes de la paz y el refinamiento del lujo; allí las leyes mantenían el orden, pero sin prosperidad pública ni justicia; la cultura intelectual tenía por objeto, no la ilustración, sino la lisonja; alejábase la religión de la idolatría lo bastante para tranquilizar la razón, muy poco para purificar los afectos.

Hermanos de aquellos pueblos orientales, los del Norte debían ser más funestos á Roma que los cuarenta millones de hombres que prestaban obediencia al rey de los reyes. Vírgenes todavía

y vigorosos, aguardaban la señal de Dios para arrojarse sobre Roma y vengar al universo.

Desde el origen de las sociedades políticas la raza denominada indo-germánica se extendió sobre la haz de la tierra en diferentes direcciones. Encaminándose hácia la Persia, la India, el Tiber, crearon allí ó conservaron una civilización, cuyos vestigios consultan ahora los sábios en los Vedas, en los poemas inmensos del Ramayana y del Mahabarata, en el Zend-Avesta, así como en los templos-grutas y en las pagodas, ó en las ruinas de Tchil-Minar y de Babilonia.

Otros, costeano el mar Negro y el mar Caspio, se diseminaron desde la Siberia hasta el Ponto Euxino é inundaron la Europa por tres puntos. Cruzando parte de ellos las montañas de la Tracia, la Macedonia y la Iliria, llegaron á fijar su residencia en medio de los olivares y de los laureles de la Grecia. Bajo la influencia de aquel suave sol, aspirando aquel límpido ambiente, templada su imaginación fogosa por el sentimiento armónico, rayó allí en el más perfecto tipo de lo bello. Pero en la época á que llegamos ha terminado su misión la raza griega, y no se envanece ya más que con sus recuerdos, mientras que en el teatro político aparecían las razas de los godos y de los teutones, que una larga separación ha hecho del todo diferentes, aun cuando el lenguaje atestigüe todavía un común origen.

Cuando los germanos llegaron á Europa la

encontraron ocupada por tres emigraciones anteriores, la de los iberos, la de los fenicios, y la de los galos, que vencidos tal vez por los germanos, se lanzaron hasta Italia.

Pudieron efectuar los germanos este tránsito hacia el año correspondiente á catorce siglos antes de J. C. y en el espacio de ocho ó nueve siglos se derramaron desde el Dniester hasta el Pruth y por todo el país entre los montes Ourals y Krapaks. Incliniéndose de continuo á Occidente y arrollando á los cimbras, empujados ellos mismos por los eslavos, encontraron en tiempo de Augusto la barrera del imperio romano; tornáronse, pues, contra los eslavos, y despues de haberles repelido les fué dado fijar su residencia de una manera estable.

A la sazón ocupaba la raza gótica las selvas de la Escandinavia; ejercitaba la raza teutónica su natural vigor á orillas del Rhin y del Elba, y confiando en su indómita bravura, conservaban cuidadosamente su independencia.

Permítenos distinguir estas dos razas la lengua hablada entre ellas. Con efecto, la de la primera se halla divulgada en las islas y en las penínsulas septentrionales; llevada desde allí á Islandia por los normandos, conservó su originalidad hasta el punto de ser llamada en lo sucesivo islandesa, á la par que se alteró en los tres reinos del Norte, dando cuna á muchos dialectos; aproximándose más á su origen en las islas Feores, alejándose luego poco á poco en la Suecia, en la Noruega, hasta que se mezcló completamente en Dinamarca, en una proporción igual con el idioma teutónico.

Este último hubo de dividirse en alto y bajo teuton hacia ya largo tiempo; al primero se enlazan el bárbaro, el borgoñon, el franco, el longobardo; subdividióse despues el otro en alto sajón, en anglo-sajón y en frisón; nos quedan del primero de éstos algunos documentos de los siglos octavo y nono en Sajonia, en Westfalia y en los Países Bajos; se refiere al segundo la lengua hablada en Inglaterra durante el mismo período; al tercero los demas dialectos que nacieron en el Sudeste de la Gran Bretaña en el siglo décimotercio y en el siguiente.

Sin embargo, en apoyo de estas divisiones sólo tenemos conjeturas, atendido que los obstinados estudios de muchos sabios filólogos alemanes nos han suministrado todavía una

clasificación precisa. Todavía supieron menos los antiguos distinguir tales poblaciones; unas veces aplicaron el nombre genérico á una tribu particular y recíprocamente; otras tomaron por un nombre propio el de una federación, ó una designación expresiva de alguna circunstancia de localidad ó de costumbres. Por eso llamaron á una población particularmente con el nombre de dacios, que, en nuestro sentir, abarcó antiguamente á toda la inmensa nación que hacia la guerra á Roma desde las riberas del Eufrates á las del Rhin (*Deutsch*), y cuyos caracteres hemos notado más arriba.

No fueron reconocidos como una nación particular por griegos ni romanos los que se establecieron al Norte de Europa. Primero los confundieron con los escitas, denominando á veces de este modo á cuantos habitaban al Norte del Ister y del Ponto Euxino, hasta cuando desaparecieron los escitas de la historia mezclándose con los sármatas ó cuando se vieron empujados al Nordeste de la Rusia. Luego, cuando los romanos tuvieron que habérselas con los pueblos de las inmediaciones del Danubio los distinguieron con el nombre de germanos, aplicado probablemente por los galos á alguna horda procedente del otro lado del Rhin. Desde entonces fué comun esta denominación á toda la nación que moraba en el primer siglo desde el Rhin hasta los montes Cárpatas y el Vístula, desde el mar Báltico y desde el mar Germánico hasta el monte Cetio (*Kalemburg*) y el Danubio; no habla más aquí de los diferentes pueblos esparcidos á lo largo de este último río hasta el Euxino, ni de los que se hallaban establecidos en la Escandinavia.

Estas diversas poblaciones, que se daban quizá á sí propias el nombre de dacios ó de teutones, en general, sacaban de circunstancias particulares sus denominaciones especiales; así los suevos, de *schiveifien*, errar, ó de *sve, see*, mar; los sajones, de *sitzen*, estar sentado, ó de *sachs, sahs*, espada corta; los longobardos, de sus alabardas y de sus largas barbas, los francos de *franke*, lanza; los marcomanos, á consecuencia de residir á la inmediación de la frontera (*marca*); los vándalos, de *wand*, agua, porque moraban tal vez junto al mar ó á orillas de un caudaloso río.

Pero aún estos nombres están mal determi-

nados y nace una nueva confusión de la costumbre que tenían los antiguos de atribuir á los pueblos débiles y vencidos el nombre de la nación prepotente y victoriosa. Así Plinio llama vindilos á todos los pueblos del Norte de Europa, porque los vándalos dominaban allí entonces, á la par que César coloca á muchas de aquellas tribus entre los suevos, poderosísimos en su tiempo.

No estamos ciertos de que hayan existido realmente las federaciones mencionadas por algunos autores; como la de los istevones, á la cual pertenecían los cheruscos, y fué denominada en seguida de los francos; la de los ingevones, comprendiendo á los frisones y á los chaucios, y llamada posteriormente de los sajones; la de los hermiones, de que formaban parte los suevos, los marcomanos, despues los alemanes; y la de los germanos orientales, subdivididos en burgundos, gépidos, vándalos y godos. Estas federaciones, análogas á las de los antiguos etruscos y á las de los modernos suizos, hubieron de formarse, segun su aserto, para resistir al poder romano y más tarde para destruirlo.

Verdaderamente no encontramos en aquellas comarcas más que una multitud de naciones alternativamente enemigas ó aliadas, segun la necesidad del momento, cuyas vicisitudes sería tan imposible seguir como las mudanzas que hace sufrir el soplo de los vientos á la abrasada superficie del desierto.

Sin embargo, parece que hacia el segundo siglo predominaron algunas de estas poblaciones sobre las otras, de manera que constituyeron ocho naciones, que hubieron de ser las de los vándalos, burgundos, longobardos, godos, suevos, alemanes, sajones y francos.

No menciona Tácito á los sajones, que más tarde disputaron á Carlomagno el imperio del Norte; y apenas indican los mapas de Ptolomeo la Península Cimbrica y las tres pequeñas islas hacia la embocadura del Elba, de donde salió este pueblo. Empezó por aventurarse al mar en barquillas chatas y ligeras, á propósito para remontar hasta cien millas y más la corriente de los ríos, y para ser trasladadas de uno á otro. Antes de abandonar la ribera enemiga inmolaban con tormentos atroces la décima parte de los prisioneros que se sacaban á la

suerte. Dedicándose en seguida á hacer el corso se lanzaron á alta mar y amenazaron la Galia y la Bretaña. Vióseles remontar el Sena y el Rhin, trasladar sus barcas hasta el Ródano, descender al Mediterráneo y tornar á ganar por las columnas de Hércules sus helados países.

Poco numerosos al principio, cuando se hubieron enriquecido con la piratería y señalado por su bravura, hallaron entre los pueblos del Báltico innumerables compañeros para sus expediciones. Estos adoptan su nombre; y habiéndose unido á ellos en virtud de matrimonios por la comunidad de peligros, por la obediencia á unos mismos jefes, resultó de aquí la liga de los sajones. Llegó á ser tan formidable que uno de los seis condes del imperio de Occidente estaba destinado especialmente á la frontera sajona (*comes littoris saxonicis per Britanniam*) con tropas especiales para la defensa de las costas expuestas á las agresiones de los piratas. Aquella frontera comprendía todo el litoral de la Bretaña continental, donde tenía este conde su residencia, las costas de la Galia al Norte y al Occidente, lo cual formaba cinco provincias, con más la segunda Bélgica.

Cuando cambiaron los francos de patria pasaron los sajones el Elba, y entrando en la Francia primitiva entre el Weser y el Rhin, sometieron ó se asociaron á los que habian quedado en aquel punto; despues dieron al país el nombre de Sajonia (*Sachsenland*). Dividiéronse allí en ostphalianos ó sajones orientales en el Hanover, westfalianos ó sajones occidentales y angrianos, habitando el país intermedio á lo largo del Weser.

Los suevos, ora como nación particular, ora como confederación de muchos pueblos, ocupaban el alto Danubio y el alto Rhin, dilatándose hasta las orillas del Vístula y del Báltico. Inquietos y aventureros los hallamos en muy diferentes países. Posteriormente una parte de ellos se une á los alanos y á los vándalos para invadir la Galia y España: otros se encuentran mezclados con los alemanes, y se confunden ambos nombres.

Entre los suevos y los sajones se hallaba la residencia de los francos, de que hablaremos muy pronto con el debido detenimiento.

Agotadas las fuerzas de los cheruscos por la generosa tentativa de Arminio y su mal resul-

tado, dejaron á los longobardos invadir el país más arriba del alto Weser y ganar hasta el Rhin. Desde allí bajaron más tarde á Italia para reinar en ella.

Ardia la guerra contra los marcomanos cuando los vándalos se acercaron también al imperio. Es de creer que habitaron parte de la Bohemia y de la Lusacia, dividiéronse en seguida en dos bandas, una de ellas se dirigió al Occidente con su antiguo nombre, otra hacía Oriente con el de hastingos. El grueso de la nación permaneció en el país hasta principios del siglo V.

Los burgundos, hermanos de los vándalos, residieron primeramente entre el Viadra y el Vístula; pero asaltados por los gépidos en el siglo III cruzaron la Germania y se establecieron al lado de los alemanes, con los cuales hicieron frecuentes guerras por la posesión de varios territorios y de diversas salinas.

Entre los germanos eran los de estatura más elevada y de costumbres más feroces, lo cual hizo que la Galia no tuviera que padecer á consecuencia de sus irrupciones; fueron fieles aliados para el imperio. Amando sobre todo la libertad vivía por tribus, obedeciendo á *hendinos* ó ancianos, á quienes deponían cuando las malas cosechas ó algún desastre eran para ellos un testimonio de que eran reprobados por los dioses.

Hay que contar además á los sármatas, á quienes Herodoto, que los menciona antes que otro alguno, hace nacer de los escitas y de las amazonas. Hipócrates los señala también como de raza escita; dice que son morenos, de pequeña estatura, envueltos en carnes, de compleción húmeda y muelle, poco fecundos. Cuando Mitridates se proponía entrar en Italia por el Nordeste, de donde vinieron en seguida los godos, excitó á los sármatas á cruzar el Tanais (84 antes de J. C.), y á anodadar á los escitas, lo cual realizaron á costa de grandes esfuerzos; entonces se extendieron desde las riberas de aquel río hasta las montañas de la Transilvania por una parte, y hasta la embocadura del Vístula por otra, revolución á que aludía Plinio, diciendo: «Ha desaparecido el nombre de los escitas, cediendo el puesto al de los germanos y sármatas.» Esta horda conquistadora, que dió su nombre al país que había

avasallado, no destruyó las poblaciones primitivas, andaba errante, á caballo los hombres, en carros, cubiertos con pieles, las mujeres y los niños, llevando por delante sus rebaños y viviendo de leche, de carne, de pastas y de mijo, y á veces hasta de la sangre de sus corceles. A falta de hierro cubrían sus armaduras con garras de aves y cuernos de animales. Completamente extraños á los combates á pié, llevaban en pos de sí dos ó tres caballos para montarlos, cuando el primero se rendía á la fatiga. Independientemente de las flechas y de la lanza se servían de ciertos nudos corredizos con los cuales cogían á los hombres como en una trampa. Obligaban á pelear á las mujeres, y la que no daba muerte á un enemigo era notada de infamia. Sacrificaban hombres y caballos al dios de la guerra, representado bajo la figura de una espada.

Entre el número de las poblaciones sármatas que descendieron á Europa, se mostraron especialmente temibles los rexolanos y los yazigos; viéronse los romanos en la necesidad de levantar contra aquellos infatigables saqueadores una muralla entre el Theiss y el Danubio, sin que por eso alcanzaran sciego.

Hacían rigorosísimo el clima de la Germania sus pantanos sin número, las selvas de abetos con que estaba cubierta y que parecían más á propósito para guarida de fieras que para morada de hombres. Cæcina se metió por un vasto aguazal de que actualmente no queda rastro. Sidonio Apolinario nos enseña que el Elba recorría una pantanosa hoya; otro tanto debía acontecer con los demás ríos caudalosos cuyas furiosas avenidas se extendían á lo lejos.

Cubría la selva Herciniana las dos terceras partes de la Germania; la selva llamada Carbonaria la mitad de la Galia Bélgica; la Selva Negra, el Spessarth, el Hartzwald, y los bosques que se prolongan desde la Turingia hasta la Bohemia no son más que débil rastros de aquella. Los uros, las dantas, los bisontes, confinados actualmente á Polonia y á Suecia, se multiplicaban allí á porfía. Pastaban los animales domésticos, flacos y disformes, aunque numerosos, en inmensas llanuras cubiertas de multitud de gansos; y no crecían trigo, cebada, ni árboles frutales en las colinas ornadas ahora de viñedos.

El hombre de alta y robustísima estatura, con los ojos azules y la cabellera roja, vivía de lo que producía la tierra, de carne y de leche sin preparación ninguna, y de una bebida fermentada. Se cubría con pieles y toscos tejidos de lana ó de lino; gastaban los ricos vestidos ajustados, los pobres un manto que dejaba desnuda gran parte del cuerpo, las mujeres una túnica blanca adornada con cintas.

Habitaban en chozas separadas, en los lugares donde les atraía un manantial, una selva, un pasto. Algunos buscaban albergue contra el invierno ó contra el enemigo en grutas subterráneas, que todavía se encuentran actualmente. Hallábanse pocas ciudades, y ninguna de ellas estaba ceñida con murallas. A veces rodeaba su territorio vastas soledades, uso que también se advierte entre los salvajes de América, y que tenía por objeto inspirar terror previniéndose contra las agresiones repentinas. Estos hábitos impedían que entre aquellos pueblos se pudieran establecer y consolidar un orden político fundado sobre el régimen municipal como entre los griegos y entre los romanos. Prohibíanse á los suecos las habitaciones fijas, algunos ni aun conocían la propiedad inmueble; pero todos los años se distribuía á cada familia una porción de terreno proporcionada al número y á la clase de sus miembros; hecha luego la cosecha, volvía á la comunidad la tierra. Era, pues, fácil desalojar á las tribus siempre que un motivo particular lo hacía necesario. Sin embargo, los sajones, los burgundos y otras tribus prefirieron á la vida nómada la vida agrícola y sedentaria. Otros tenían costumbre de renovar las tierras dejándolas baldías cada tres años, uso que se conservó en la alta Germania.

A semejanza de todos los pueblos antiguos estaban divididos los germanos en hombres libres y en esclavos; seguían los hijos la condición del padre. No obstante, entre los jefes de familia simplemente libre y los propietarios, donde los había, existía la diferencia de que éstos últimos tenían sólo voto deliberativo en las asambleas. Probablemente debe considerarse esta circunstancia como resultado de una conquista; formaban los vencedores la clase dominante, y parte del terreno quedaba á los vencidos, quienes cultivaban para los conquistado-

res. A éstos pertenecían, pues, los grandes dominios y aun quizás el sacerdocio, y entre ellos eran elegidos los reyes; otros servían en la guerra con el título de *lites* ó de *leutes*, ó cultivaban los campos bajo el de *colonos*.

La nobleza, ora fuese un patriciado religioso ó un privilegio de familias y de condes, parecía haber sido una distinción personal en un todo, que no daba preeminencia en el gobierno ni en la administración de justicia. Conviene decir, no obstante, que tenía por privilegio ciertas dignidades, como en Roma, donde gozaban los ciudadanos del derecho por excelencia (*juris optimi*). No podían casarse los nobles con personas simplemente libres, ni éstas con esclavos.

Los hombres libres son la verdadera base de la organización germánica; tienen aptitud para todos los derechos. Poseían los colonos en propiedad una casa y una familia; pegados á perpetuidad al terreno, lo cultivaban sin otra obligación que pagar al señor un arrendamiento en especie, en bestias ó en telas.

Había tres especies de esclavos: los esclavos propiamente dichos, los prisioneros de guerra y los que perdían su libertad por deudas ó al juego. Todos eran propiedad absoluta del amo, que podía venderlos, regalarlos ó quitarles la vida. No se diferenciaban los esclavos domésticos de los demás en otra cosa que en la índole de sus ocupaciones, que consistían en ejercer algún oficio, en servir al amo ó en acompañarle á la guerra.

Podía rescatarse el esclavo con sus economías y entrar en la clase de libertos, sin llegar por eso á ser hombre verdadero (germano), es decir, sin adquirir la plenitud de los derechos civiles.

Los esclavos, los libertos, las mujeres, los ancianos, los enfermos, se dedicaban á los trabajos de los campos ó á profesiones sedentarias, dejando á los hombres libres por ocupación la guerra, por diversión la caza y el saqueo por industria. Su vida era, pues, esencialmente belicosa; acontecía lo propio con sus instituciones. Cuando se había distinguido un joven por alguna proeza, recibía una lanza y un escudo de su padre ó de algún hermano distinguido en la asamblea, y desde entonces ya no las deponía, asistiendo armado á los banquetes, á los juicios, á las asambleas, á los sacrifi-